

Siria: el germen de una Nueva Guerra Fría

JULIANA LOZANO JARAMILLO*

6

* Estudiante de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Javeriana Cali.
Correo electrónico: julianalozanoj@javerianacali.edu.co

Resumen

La Guerra Civil en Siria se internacionaliza aceleradamente. A los conflictos subnacionales se le suman los intereses geoestratégicos de grandes potencias como Rusia y Estados Unidos. El ajedrez de la Guerra Fría que se consideraba superado parece reeditar una nueva partida con la pugna de intereses entre estos dos colosos en territorio sirio. Aquí se indaga cómo los intereses estratégicos reproducen la bipolaridad de la Guerra Fría y el control por zonas de influencia en Oriente Medio y en el Mediterráneo, los cuales superan claramente el tema sirio. En este trabajo se sostiene que, si bien Estados Unidos y Rusia han tenido intereses convergentes en materia de política antiterrorista en Siria, en la medida en que el conflicto avanza, la lucha por establecer la hegemonía en la región conduce a juegos de suma cero.

94 **Palabras clave:** Siria, guerra civil siria, internacionalización, Guerra Fría, Rusia, Estados Unidos.

Introducción

La región del Medio Oriente se halla en un equilibrio inestable precisamente porque no hay una hegemonía clara y absoluta en la región. Esa hegemonía no puede conseguirse sin el dominio de la pieza siria.

Carlos Ruiz. *Rebelión en Siria ¿En la encrucijada o hacia el precipicio?* 2016.

Los efectos de la guerra civil en Siria se han tornado nocivos y catastróficos en la medida en que el conflicto se intensifica a causa de la intervención de potencias regionales y globales. Por un lado, la injerencia de estados como Israel, Arabia Saudita, Turquía, Irán e Irak ha amenazado el equilibrio de poder en la zona. Empero, la intervención de grandes potencias como Estados Unidos y Rusia ha suscitado una amenaza a nivel global que ya había sido percibida con el transcurso de la Guerra Fría. Así pues, aquella partida de ajedrez entre estos dos actores geopolíticos parece reeditarse en el territorio sirio, con lo cual emana nuevamente la noción de bipolaridad y el control de zonas estratégicas. En este artículo se sostiene que, si bien Estados Unidos y Rusia han tenido intereses convergentes en materia de política antiterrorista en Siria, a medida que el conflicto avanza, la lucha por establecer la hegemonía en la región conduce a juegos de suma cero.

En primer lugar, se analizan la Primavera Árabe, los incentivos a la internacionalización del conflicto sirio y las rivalidades internas que transforman a la región en una realidad mucho más compleja. Posteriormente, se esbozan los intereses que han tenido Estados Unidos y Rusia en Siria y en Medio Oriente, para así determinar en qué medida han sido convergentes y de qué modo se han proyectado como el hegemón de la región. En tercer lugar, es menester comparar la situación siria con la de la Guerra Fría, a partir de factores como las zonas de influencia, los vacíos de poder, la convergencia de intereses frente a un enemigo común. También es importante mostrar la situación actual entre la OTÁN y Rusia en casos como Ucrania, para dimensionar las tensiones que se producen entre ambos bloques.

Los efectos de la Primavera Árabe y las complejas relaciones de poder en Oriente Medio terminaron por afectar profundamente a Siria en 2011. En sus inicios, la situación respondía a protestas pacíficas causadas por la crisis social existente e influidas por las manifestaciones –también pacíficas–, originadas en Túnez, Egipto, Libia y Yemen. Estas protestas fueron reprimidas de manera violenta por el gobierno de Bashar Al Assad, dando lugar a que parte de la sociedad civil se revistiera de fuerza, se alzara en armas y creara el

Ejército Libre Sirio. Dicho ejército se fortaleció, logró dominar múltiples territorios y se enfrentó al gobierno de Al Assad, dando paso a la guerra civil.

En 2013, el conflicto se internacionalizó no solo con la injerencia de potencias medias como Turquía, El Líbano e Israel, sino también con el involucramiento de potencias extrarregionales como Estados Unidos, la Unión Europea y Rusia. Estas últimas se han encargado de respaldar militar y económicamente diferentes bandos dentro del marco del conflicto interno. Hacia ese año, la cifra de muertos registrados alcanzaba los 300.000, mientras el flujo de refugiados crecía exponencialmente y el mundo entero empezaba a percatarse de los crímenes de guerra y de lesa humanidad. En 2014, el Estado Islámico de Irak y Siria (ISIS) se suma a la contienda, agravando la situación e involucrando aún más a los actores geopolíticos presionados por la lucha antiterrorista.

La situación geopolítica que enmarca el conflicto sirio expone dos bandos que han intervenido, por lo general, mediante la diplomacia multilateral. Sin embargo y de manera contradictoria, medidas unilaterales también han caracterizado la actuación de ambos bandos. El gobierno sirio, en cabeza de Bashar Al Assad, es respaldado y apoyado por Rusia e Irán principalmente. Por su parte, los rebeldes sirios son secundados por Estados Unidos, país que lidera una coalición con Francia, Inglaterra, Turquía, Arabia Saudita e Israel. Sumado a ello, el Estado Islámico entra como un tercer actor que obliga a ambos bandos a converger en determinadas decisiones y acciones referentes al terrorismo. La intervención de todos estos actores respalda el argumento de Patrick Seale, quien considera que “Siria está en el corazón del sistema de poder asiático-árabe en donde afecta todas las relaciones políticas de la región. Es el encuentro entre el mundo greco-romano y el árabe” (Sánchez, 2017). Además, sostiene la afirmación de Carl Brown, quien supone que el Medio Oriente “se ha convertido en el subsistema de relaciones internacionales más penetrado en el mundo de hoy” (Brown, citado por Sánchez, 2017, p.

Por otro lado, cabe resaltar la coyuntura en Siria, e incluso en el Medio Oriente, que se torna mucho más compleja con el aumento de las rivalidades internas –en su mayoría religiosas–, lo que vuelve tanto al país como a la región un tanto más sensible a la intervención extranjera. Avelino (2014), en su publicación *Las rivalidades confesionales en la guerra civil siria y el accionar de Arabia Saudita e Irán*, admite que “las rivalidades confesionales en Siria constituyen un asunto de máxima actualidad e impacto en temas relativos a seguridad y defensa en el sistema internacional y donde se considera está en ciernes el destino geopolítico de la región” (p. 2).

La religión islámica ha confluído en diferentes ramas que han encontrado fracturas y divisiones en su interior. El sunnismo y el chiismo, como principales corrientes, poseen también subdivisiones que vuelven aún más complejo el escenario del Medio Oriente. A este hecho se le suma la presencia de otras religiones y etnias, las cuales, aunque no sean mayoría, hacen parte del heterogéneo mundo árabe. Avelino (2014) expone que el 80 % de la comunidad siria es musulmana y, de esa población, aproximadamente el 15 % no es sunnita. Es decir, la mayor parte de la población siria es musulmana y sunnita. Sin embargo, la élite política hace parte de la confesión chiita, lo que pone a Siria en una posición vulnerable dentro de la región. Geográficamente, Siria se encuentra entre Arabia Saudita, mayor potencia sunnita, e Irán, mayor potencia chiita. El primero tiene la intención de derrocar al gobierno chiita de Bashar Al-Assad y apoyar el ascenso de un gobierno sunnita para encontrar un aliado más en la región. De modo contrario, Irán procura apoyar al gobierno chiita de Al-Assad para consolidar la hegemonía que logre cohesionar cultural, religiosa y políticamente la región.

Tanto la Primavera Árabe como la Guerra Civil Siria deben ser concebidas como realidades mucho más dificultosas que la alianza entre potencias medianas y grandes en aras de obtener una posición hegemónica en el Medio Oriente. Detrás de las disputas y las rivalidades históricas hay un entramado de elementos étnicos, culturales y religiosos que convierten la situación del Medio Oriente en un enigma a largo plazo.

Estados Unidos en Medio Oriente

La participación de Estados Unidos en la dinámica del Medio Oriente se remonta años atrás. Tovar (2014), en su estudio *¿Una estrategia coherente para una región en cambio? La política exterior de la administración Obama y la primavera árabe*, expone las estrategias de los diferentes presidentes estadounidenses en esta región. Harry Truman dio asistencia al gobierno turco, mientras que Eisenhower respaldó el golpe de Estado en Irán contra Mossadeq y formuló la doctrina Eisenhower tras lo ocurrido en la Crisis de Suez, de 1956; esto hizo que el Oriente Medio se incorporara a la estrategia estadounidense de contención del comunismo. Nixon buscó el equilibrio de poder y continuó con la política de contención. Carter, por su parte, estableció una doctrina en la que cualquier potencia foránea que pretendiese controlar la región del golfo Pérsico sería considerada una amenaza para los intereses vitales estadounidense y, por tanto, sería atacada por todos los medios posibles. Luego, el gobierno de Reagan apoyó la labor llevada a cabo en Afganistán, así como la política hacia Irak e Irán. Por otro lado, Bush padre luchó

por expulsar las tropas iraquíes de Kuwait y pretendió hacer del multilateralismo (nuevo orden mundial) un eje de su política internacional.

Con la caída de la cortina de hierro en la última década del siglo XX, el mundo se tornó unipolar y Estados Unidos quedó con un poder sin precedentes que le permitió “organizar el mundo de tal manera que sus intereses fueran favorecidos [sin contrapeso alguno y obtener esas] incomparables reservas energéticas que debían estar dentro su sistema dominado” (Sánchez, 2017, p. 17). Con la elección de Bush hijo, el gobierno estadounidense lideró una coalición de naciones apoyada por la ONU para expulsar a Saddam Hussein e invadieron Irak en 2003, bajo la acusación de que armas de destrucción masiva se encontraban en su poder. Los ataques liderados por Al Qaeda el 11 de septiembre de 2001 permitieron la emergencia de una “lucha antiterrorista” y conllevaron a que la injerencia estadounidense en el Medio Oriente, sobre todo en Afganistán e Irak, creciera de manera exponencial. No obstante, dicha intromisión no logró los resultados esperados. La política de Obama se basó en el poder blando; retiró las tropas de Irak, inició la guerra civil en Siria por el resurgimiento de Al Qaeda y rechazó cualquier ataque que atentara contra la vida y la integridad de los civiles (Sánchez, 2017).

98

Sánchez (2017), en su artículo *Sobre las raíces del problema sirio: la influencia de los actores geopolíticos globales y regionales con intereses en la zona*, considera que:

la retirada de Irak, el apoyo de los Hermanos Musulmanes y las intervenciones directas o indirectas en Libia y Siria, unidas a la nueva estrategia pivote hacia el pacífico que hicieron a sus socios árabes sentirse abandonados, marcaron el final dramático de la época del unilateralismo americano. (p. 21)

Barack Obama asumió la tarea de terminar los conflictos heredados por Bush y buscó desengancharse progresivamente del Medio Oriente a través de su propia estrategia (Calvo, 2016). Ghotme y Ripoll consideran, de hecho, que la “posición hegemónica de Estados Unidos en la región ha venido descendiendo desde el año 2006 [además de que] el doble desastre de Irak y Afganistán ha conllevado una pesada carga fiscal y el deterioro de la imagen de Estados Unidos en la región” (p. 62). Por otra parte, estos autores tienen en consideración que la poca intervención del gobierno de Obama en la dinámica de la Primavera Árabe contribuyó, de alguna manera, a deteriorar la imagen de Estados Unidos en la región. Con el fin de recuperar su prestigio, Estados Unidos se involucró en la guerra civil siria para prestar ayuda militar a los rebeldes, contrarrestar a los grupos terroristas

vinculados a Al Qaeda, así como confrontar la amenaza que significa la posesión de armas químicas en la zona.

Donald Trump cruzó la línea roja que Barack Obama no, y cambió el enfoque pasivo por uno bastante agresivo dentro de la dinámica del Medio Oriente y de Siria. El 6 de abril de 2017, el gobierno estadounidense atacó con misiles una base militar aérea, agravando la crisis humanitaria. El ataque fue motivado por el supuesto uso por el gobierno de Siria de armas químicas, prohibidas internacionalmente, en contra de su propia población. El gobierno de Trump justificó sus acciones desde el derecho internacional.

Rusia en el Medio Oriente

Para el final de la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética veía la necesidad de expandirse a través de la búsqueda de rutas estratégicas hacia el golfo Pérsico. En su artículo *La política exterior de Rusia en Oriente Medio ¿continuidad o cambio?*, Pérez (2016) considera que, previo a 1944, el Oriente Medio estaba dominado por el Imperio otomano, Turquía y parte de Europa. El Imperio ruso y, posteriormente, la Unión Soviética priorizaron “otras áreas regionales como el Cáucaso, Persia, Asia Central, China o los Estrechos en el Mediterráneo” (p. 141), en lugar del Medio Oriente. Hasta ese entonces, el único interés que se enmarcaba en el área respondía a la protección de la Iglesia ortodoxa, en Palestina.

De acuerdo con esta autora, hacia (año), la Unión Soviética redefinió su política expansionista y “concretó sus objetivos geoestratégicos e ideológicos, convirtiéndose Oriente Medio en un componente más de su confrontación con Occidente” (p. 141). En palabras del entonces jefe del Departamento de Información Internacional, Georgi Dimitrov, “los países del Medio Oriente están adquiriendo cada vez más relevancia (...) Debemos analizar activamente la situación de dichos países y tomar ciertas medidas de interés de nuestro Estado” (Dimitrov, citado por Pérez, 2016, p. 141).

Una vez consolidada la bipolaridad de la Guerra Fría, la Unión Soviética logró aliarse con países tercermundistas como Egipto, Irak, Libia, Argelia, Siria y Yemen, pues estos se adhirieron al modelo soviético de “orientación socialista” o “no capitalista”. Además, “Egipto y Siria fueron los nuevos clientes de las armas de diseño soviético procedentes de Checoslovaquia” (Pérez, 2016, p. 142). Estas alianzas le permitían a la Unión Soviética tener acceso al Mediterráneo y contrabalancear a Estados Unidos.

En 1996, el ministro de Asuntos Exteriores Yevgeni Primakov transformó la política exterior rusa al reformar la base doctrinal y la ejecución diplomática. Primakov consideraba que la política exterior debía ser la de un Estado de primera categoría; una política multivectorial con una concepción multipolar del mundo. Este tipo de política le permitiría reducir, de alguna manera, la posición unipolar que Estados Unidos obtuvo con la disolución de la Unión Soviética. Así pues, dado que Rusia necesitaba convertirse nuevamente en uno de los grandes polos, optó por trabajar la cooperación con Oriente Medio y el mundo árabe.

En la actualidad, Vladimir Putin continúa con la idea de concebir al mundo de manera multipolar y hacer valer los intereses de Rusia en este escenario. “La política exterior implementada por Putin es mucho más pragmática y menos ideologizada que en cualquier otro periodo de la historia contemporánea de Rusia [y tiene objetivos importantes como] la protección de intereses económicos, técnicos y energéticos del país, la defensa de la seguridad nacional a través de la protección de sus fronteras frente al peligro islamista” (Pérez, 2016, p. 149). Hoy en día son múltiples las razones por las que Rusia está inmerso en Oriente Medio; sin embargo, todas estas conducen a una razón más poderosa: recuperar su influencia global y ascender una vez más como superpotencia.

100

Si bien los intereses de dos estados pueden ser idénticos y contiguos, dicha similitud no puede tratarse como un síntoma de empatía entre los dos gobiernos. El caso de Estados Unidos y Rusia en el Medio Oriente es una fiel muestra de ello; han tenido intereses idénticos y, por lo mismo, antagónicos. Estados Unidos ha buscado penetrar el Medio Oriente, no solo para consolidarse como un hegemón a nivel mundial, sino también para satisfacer sus intereses en materia económica y energética. Análogamente, Rusia ha visto en el Medio Oriente una fuente significativa de apoyo para retomar su posición de superpotencia, para lo cual ha buscado rutas y socios estratégicos que le permitan despegar comercialmente. Todo parece indicar que sus intereses tienden hacia una misma dirección; no obstante, dado que no hay una hegemonía clara en el Medio Oriente y el equilibrio es bastante inestable, los intereses idénticos tanto de Rusia como de Estados Unidos chocan y reaniman la disputa por el dominio de la región.

Intereses de Estados Unidos en Siria

Los intereses estadounidenses en territorio sirio abarcan, al mismo tiempo, los intereses de sus aliados como Israel, Jordania, Arabia Saudita, Turquía y naciones europeas como Francia e Inglaterra. En *Rebelión en Siria: ¿en la encrucijada o hacia el precipicio?*, Ruiz

(2011) afirma que “el interés de las potencias extranjeras como Estados Unidos es anular el papel de Rusia en la región” (p. 265).

Hay ciertos intereses que mueven a Estados Unidos a actuar. La estrategia rusa y su alianza con el gobierno sirio no solo amenaza la posición hegemónica de Estados Unidos, sino que pone de manifiesto el declive del poderío norteamericano a nivel mundial. Responder a tal intimidación ha conducido a una búsqueda por recuperar el prestigio tras varios desastrosos previos en el Medio Oriente y a una implementación de una política exterior de dominación global. Por otro lado, “Siria, mediante su salida directa al mar Mediterráneo podría facilitar el acceso de Estados Unidos y la Unión Europea hacia la zona del Medio Oriente, rica en recursos energéticos” (Carrión & Guerrero, 2017, p. 69). Además, la expansión y el fortalecimiento del ISIS en Siria han motivado inmensamente la participación de Estados Unidos, dados los antecedentes de Al-Qaeda en Norteamérica y la confluencia de este grupo con el Estado Islámico.

Hay otro conjunto de intereses que mueven a Estados Unidos a actuar con el fin de proteger a sus aliados regionales. La persecución que estos enfrentan, ha llevado al gobierno norteamericano a mostrarse en contra del presidente Bashar Al Assad y a luchar por derrocar su gobierno.

Israel ha estado en conflicto con Siria desde que esta apoya a los grupos terroristas de Hamas (Palestina) y Hezbollah (El Líbano). Dichos grupos terroristas trabajan en colaboración con Irán para resistir la ocupación sionista y dar paso al reconocimiento de Palestina como un Estado soberano. Por su parte, Estados Unidos busca la salida de Bashar Al Assad, quien respalda a Irán y a los grupos terroristas mencionados, pues tal estrategia permite proteger a Israel y mantenerlo fuerte en su guerra contra Palestina. Así pues, Estados Unidos lucha por la integridad territorial de Israel, amenazada por Hezbollah, Irán y Palestina. Desde el 2006, Arabia Saudita ha buscado establecer relaciones directas con Israel para consolidar la alianza Estados Unidos-Israel-Arabia Saudita.

Por su parte, Arabia Saudita, al igual que Irán y Turquía, es un actor fundamental que defiende sus intereses particulares a expensas de la situación en Siria e Irak, en donde el ISIS se ha fortalecido y expandido. Siria es uno de los obstáculos para que Arabia Saudita sea el hegemón del Medio Oriente. Ruiz (2011) considera que Siria no puede hacerle frente a Arabia Saudita en términos económicos, pero su posición estratégica suple cualquier diferencia en dicho campo. Según el autor, Siria es un país mayoritariamente sunnita, pero su élite política es chiita. Siendo Siria parte del eje chiita liderado por Irán, se genera

una amenaza directa a la predominancia de los árabes en la zona. Por esta razón, Arabia Saudita anhela la destitución de Bashar Al-Assad, para que ascienda un gobierno de confesión sunnita que fortalezca este eje religioso en la zona y elimine la creciente chiita, sobre todo tras la expulsión del gobierno prosunnita en El Líbano. Tal apogeo chiita, con el respaldo de Rusia a Siria e Irán, se torna en disputa de alcance global y amenaza no solo la posición de Estados Unidos en la región, sino también el acceso al Medio Oriente a través del mar Mediterráneo.

Arabia Saudita tiene estrechas relaciones con Estados Unidos en temas políticos, comerciales y de seguridad interna (Ramírez & Lukashevich, 2016). Ambos tienen posiciones similares frente al tema iraní en la lucha contra el terrorismo y el mantenimiento de la seguridad regional. Por esa razón, Estados Unidos respalda a Arabia Saudita y emprende su lucha contra los grupos terroristas y contra Irán. Pese a la sólida alianza, existe un elemento de tensión entre Estados Unidos y Arabia Saudita. El wahabismo es una corriente político-religiosa musulmana y sunnita que se instauró en Arabia Saudita con Muhammad Ibn Abd al Wahhab, la cual inició, según Lewis (2003), con el deseo de regresar al islam puro y auténtico del profeta Mahoma. Dicha corriente advierte que la ira no se debe centrar en los forasteros, sino en los que traicionaban al islam desde adentro. El wahabismo ha sido considerado, en muchos casos, como la madre de los fundamentalismos islámicos sunitas y el padre teórico del Estado Islámico (ISIS) y de Al Qaeda. La estrecha relación que existe entre el wahabismo como religión oficial del reino saudí y, a su vez, como el fundamento teórico de los grupos terroristas más temidos en el mundo genera cierta tensión entre los sauditas y Occidente.

Antes de la Primavera Árabe, las relaciones entre Turquía y Siria avanzaban bastante bien en varios contextos. Esto, incluso frente a esa tendencia, el estallido de las revueltas en el mundo árabe y el peligro de romper con el equilibrio de poder motivaron a Turquía a replantear su política exterior, redoblar su alianza con Estados Unidos y debilitar sus relaciones con Siria. Sin embargo, la dirección de la política exterior turca se ha tornado mucho más compleja en tanto la Unión Europea ha tenido posiciones ambiguas frente a éste, a lo que se suma la llegada de Recep Tayyip Erdogan, lo cual ha vuelto a Turquía un aliado poco confiable.

Dicha percepción se basa en varias razones. En primer lugar, aunque Europa apoya la pertenencia de Turquía a la OTAN desde 1952 por cuestiones militares y porque representa geográficamente un punto de contención para Europa, la Unión Europea ha mostrado indicios de estar en desacuerdo con la incorporación total de Turquía.

Turquía en Europa; rompiendo el círculo vicioso, segundo informe de la Comisión Independiente sobre Turquía (2009), afirma que las negociaciones para que Turquía se adhiriera a la Unión Europea iban bien hasta que las preocupaciones populares por factores como la inmigración, el empleo y el islamismo radical exacerbaron sus inconformidades frente a este país. Además, los políticos de las diferentes naciones europeas consideran que Turquía no cumple con las condiciones necesarias para ser parte de Europa, situación que conllevaría a que la Unión se torne inmanejable.

En segundo lugar y como ya se mencionó, Turquía se ha convertido en un aliado poco confiable para Occidente con la llegada de Erdogan al poder en 2014. Mustafá Kemal Atatürk impulsó reformas en la primera mitad del siglo XX, con el fin de convertir a Turquía en un Estado moderno, laico y democrático. Empero, dicho proceso de secularización se ha puesto en cuestión con la intolerancia hacia minorías étnicas como los kurdos y la evidente inclinación islamista de Erdogan. Además, los intentos de golpe de Estado sumados a la agresiva reacción del gobierno actual han despertado mucha inconformidad en la Unión Europea.

Así pues, la situación turca conlleva a plantear dos realidades. Por un lado, las violaciones de los derechos humanos por parte del gobierno turco, la penetración de grupos terroristas a través de Turquía y las oleadas de inmigrantes provenientes de ese país, hacen que Europa bloquee la incorporación de Turquía a la Unión Europea. Por otro lado, el sueño turco de anexarse a esta es una clara muestra de lo que el politólogo americano Samuel Huntington (1996) llama un “país desgarrado”. Con este concepto se refiere a aquel Estado que, por diferentes condiciones, sobre todo geográficas, ha aspirado a cambiar de civilización. Así como México ha procurado sustituir la civilización latinoamericana por la occidental, Turquía ha dado indicios de querer ser parte de la civilización occidental en lugar de la islámica. Tales aspiraciones han sido obstaculizadas por la Unión Europea y han llevado a Turquía a considerar la recuperación de sus vestiduras imperiales para consolidarse como una potencia en su propia región y hacer nuevamente del islam su signo primario de identidad. Así pues, la cuestión está en que Turquía apoya a Occidente, pero Occidente no quiere que sea parte de él.

Intereses de Rusia en Siria

Carrión y Guerrero (2017), en su proyecto *¿La nueva guerra fría? Casos Siria y Ucrania*, plantean que la alianza entre Rusia y Siria se ha mantenido estrecha desde 1944, cuando aún prevalecía la Unión Soviética. Con el auge del partido baazista en 1960, los programas

de cooperación entre Rusia y Siria se intensificaron. En un principio, Hafez Al Assad fue apoyado por los expertos soviéticos en el desarrollo vial, eléctrico y educativo de Siria. En 1980, la Unión Soviética y Siria firmaron un acuerdo de cooperación y amistad. Con la caída de la Unión Soviética, esta tuvo que enfrentar cifras negativas en su balanza comercial, viendo la posibilidad de recuperarse mediante la venta de armas a aliados como Siria.

En 2003, el distanciamiento de Siria con Estados Unidos y la Unión Europea fortaleció esa red de cooperación con Rusia. Posteriormente, la alianza de corte militar se fortaleció aún más, logrando que Rusia ejerciera presión como potencia del Medio Oriente y como hegemon en ascenso. Sánchez (2010), en el artículo *Rusia y su entorno geopolítico en los nuevos arreglos mundiales de poder*, afirma que, en 1990:

resultó imposible hablar de la existencia de una concepción de política exterior sólida, definida y consecuente, debido a la ausencia de un concepto claro de identidad e interés nacional, a la vez que no se logró un consenso entre las numerosas fuerzas y personalidades políticas que coexistían en el escenario interno respecto del papel que debía desempeñar el país en el entorno mundial. (Sánchez, 2010, p. 162)

104 De acuerdo con el autor, fue hasta 1996 que la política exterior tomó un rumbo concreto y práctico. Rusia retomó el segundo lugar en la clasificación de exportadores mundiales de armamentos, lo cual lo llevó a incrementar su comercio nuclear. Este auge provocó cierto nivel de preocupación en países como Estados Unidos.

El principal interés de Rusia consiste en “la aspiración de consolidar un mundo multipolar [y mostrarse en el escenario internacional como] una potencia que posee la capacidad de hacer prevalecer sus intereses no solo a nivel regional sino a nivel global [es decir,] adquirir mayor peso, gravitación y prestigio en el contexto internacional” (Ramírez & Lukashevich, 2016, p. 6). El mundo multipolar y el ascenso como superpotencia constituyen el interés superior de Rusia, en la medida en que los intereses que se esbozarán después van, esencialmente, encaminados a este propósito. Hoy en día, “Vladimir Putin tiene el objetivo personal de recuperar para Rusia la categoría de actor de primer orden en la escena internacional” (Calvo, 2016, p. 2). Así pues, dicha aspiración trae consigo el deseo de que Estados Unidos los trate en pie de igualdad y que disminuya la preponderancia de este a nivel global.

Por otro lado, Rusia tiene la intención de apoyar al gobierno de Bashar Al-Assad por varias razones. La primera está relacionada con la base naval rusa ubicada en Tartús (Siria).

La posición estratégica de esta base le brinda a Rusia la única salida marítima al mar Mediterráneo, lo cual suscita cierto temor por parte de Estados Unidos y Turquía. La destitución de Al-Assad puede significar un debilitamiento de la logística y el mantenimiento de los buques en el estrecho de Gibraltar y el canal de Suez. Por otra parte, Rusia es el principal proveedor de armas de Siria. De este modo, una ruptura de las relaciones significaría una pérdida económica bastante grande. Tales conexiones entre Siria y Rusia gestionan la consolidación de este último como un actor influyente y “promueven la implantación de normas internacionales distintas a las que promueven los aliados occidentales” (Ghotme & Ripoll, 2014, p. 67) generando así un equilibrio de poder.

La tercera razón por la que Rusia ha intervenido de manera significativa en Siria responde al peligro terrorista. Los bombardeos rusos en territorio sirio el 30 de septiembre de 2015 fueron, para Dmitri Medvedev, primer ministro ruso, una forma de defender la seguridad de Rusia en Siria. Por un lado, la lucha contra el ISIS “es una oportunidad para Rusia de reforzar su peso y su influencia en la región” (Pérez, 2016, p. **). Por otro lado, hay un asunto de vital importancia y es el de su seguridad: es importante mantener el orden interno en Siria para “disminuir la posibilidad de que grupos terroristas se vinculen con grupos extremistas islámicos en el Cáucaso ruso, la región más conflictiva de Rusia” (Ramírez & Lukashevich, 2016, p. 21).

Por último, la alianza de Rusia con Siria es un avance importante no solo para la consolidación como hegemón en la región, sino también para el dominio comercial. La influencia de Rusia en la región le permite establecer empresas energéticas y mantener los altos precios del gas y la energía.

La convergencia de los intereses tanto de Estados Unidos como de Rusia se da en la política antiterrorista. Estados Unidos teme el accionar del Estado Islámico tras su unión con Al-Qaeda. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 y los continuos ataques del Estado Islámico en Occidente motivan a Estados Unidos a negociar y a emprender diálogos con Rusia. Por su parte, Rusia teme el avance de grupos terroristas del Medio Oriente hacia sus fronteras en el Cáucaso. La expansión sin precedentes del Estado Islámico ha obligado a Rusia a librar una batalla en Siria, pero también a buscar acuerdos diplomáticos con Occidente.

Los intereses restantes de ambas potencias globales están encaminados a obtener la posición hegemónica de la región para aumentar la influencia a nivel global. Estados Unidos, en las últimas décadas, tuvo un declive significativo en su influencia en la región

del Oriente Medio, debido a la política exterior llevada a cabo y a los múltiples fracasos en eventos anteriores; por ello, se le hace necesario involucrarse en conflictos orientales que ratifiquen su poderío y su prestigio. El declive de la Unión Soviética también demostró una política exterior fallida, por lo que la emergente Rusia optó por el involucramiento en el Medio Oriente y la creación de alianzas con Siria e Irán, las cuales estaban diseñadas para ascender nuevamente como una potencia en un mundo multipolar y restar de alguna manera la posición unipolar de Estados Unidos. Así pues, Rusia y Estados Unidos han esbozado una serie de intereses y objetivos cuya pretensión es fortalecer su posición dentro de la región y restar la de su histórico rival. Ambos prenden sus alarmas ante la posibilidad de un aumento de poder de su oponente; la partida de ajedrez entre los dos actores geopolíticos de la Guerra Fría parece reeditarse en el escenario sirio.

¿Una nueva Guerra Fría?

La Guerra Fría (1947-1991) fue una confrontación ideológica y política que se dio entre el bloque hegemónico estadounidense y el bloque soviético. Mientras el primer bando era defensor del capitalismo-democracia, el segundo luchaba por darle fuerza al comunismo-totalitarismo a nivel global. La bipolaridad tuvo lugar, precisamente, en el momento cuando ambas potencias ganadoras en la Segunda Guerra Mundial buscaron amistar y asociarse con países tercermundistas que promovieran su componente ideológico y les permitieran tanto obtener el papel de hegemón, como implementar un orden mundial de carácter unipolar que estuviera direccionado a satisfacer sus intereses como potencia máxima.

Los antecedentes de este enfrentamiento son significativos para evidenciar las raíces de una nueva Guerra Fría. Durante la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos y la Unión Soviética ya defendían ideologías radicalmente opuestas, aunque unían sus fuerzas y hacían converger sus intereses para combatir y derrotar a un enemigo común: las potencias fascistas del Eje. Sin embargo, al término de la segunda gran guerra, cada uno veló por sus propios intereses en lugar de mantener la unidad. Carrión y Guerrero (2017) consideran que cada una de las potencias tuvo motivaciones para enfrentarse por la supremacía mundial. Mientras la Unión Soviética buscaba su seguridad, expandir el comunismo y reparar los daños de la guerra, Estados Unidos perseguía un ideal de autodeterminación, expresaba su gran temor al comunismo, evitaba el avance de este y se guiaba por un ideal de omnipotencia.

La situación en la cual ambas potencias convergieron para derrotar a un enemigo común, aunque estuvieran enfrentadas de múltiples maneras en otras circunstancias, se reproduce nuevamente en la guerra civil siria. Washington y Moscú han generado contradicciones en cuanto a la viabilidad del gobierno de Al-Assad; se han enfrentado en el Consejo de Seguridad de la ONU; han discutido por las sanciones que interpuso Estados Unidos a Siria; y han polemizado el tema de las armas químicas. Empero, se han visto obligados a unir sus fuerzas para negociar y vencer al enemigo común: el Estado Islámico (ISIS). En otras palabras, aunque cada uno tiene la intención de cambiar el orden mundial y beneficiarse en la mayor proporción posible, se enfrentan al dilema de combatir el grupo terrorista-yihadista más temido que desafía e intimida la integridad y la seguridad de ambos gobiernos.

Las gestiones del Consejo de Seguridad de la ONU en la dinámica de la guerra civil en Siria han fracasado en diversas ocasiones, generalmente por la rivalidad interna entre sus miembros. Como se señaló antes, ambos gobiernos tienen la intención de reponer la estabilidad en Siria y derrotar al Estado Islámico. A pesar de ello, ninguno de los dos permitirá que su opositor se instale a su gusto en Siria. Ghotme y Ripoll (2014) subrayan que los escenarios experimentados en el Consejo de Seguridad de la ONU “han logrado vislumbrar el choque de los distintos tipos de preferencias de los Estados involucrados, que van desde el apoyo a Al-Assad hasta la amenaza de sanciones, cambio de régimen e intervenciones militares” (p. 56). En octubre de 2011, en febrero y julio de 2012 y en agosto de 2013 se llevaron a cabo resoluciones sancionatorias contra Siria por el uso de armas químicas; pese al apoyo de Occidente, dichas resoluciones no tuvieron resultados.

Rusia y China han defendido a Siria en el Consejo de Seguridad de la ONU, al aplicar el veto sobre resoluciones realizadas por potencias occidentales para sancionar al gobierno de Bashar Al-Assad. El carácter magro e insuficiente de las acciones del Consejo de Seguridad de la ONU que propone López-Jacoiste (2015) exhibe la confrontación pasiva, propia de la Guerra Fría, que continúan teniendo Rusia y Estados Unidos en escenarios diplomáticos, como lo es el Consejo de Seguridad de la ONU. Por ejemplo:

Alemania, Francia, Portugal y el Reino Unido presentaron un proyecto de resolución que condenaba las violaciones graves y sistemáticas de los derechos humanos cometidas por el ejército sirio, el uso de la fuerza contra civiles y exigía el fin de la situación (...) a pesar de rebajar los contenidos de la proyectada resolución, el proyecto fue vetado por Rusia y China esgrimiendo como argumento el nefasto uso de la fuerza del caso libio. Como alternativa Rusia presentó otro proyecto de resolución que igualmente llevó al Consejo al bloqueo. (López-Jacoiste, 2015, p. 76)

El escenario en donde se posibilitan las negociaciones diplomáticas es una muestra más de la rivalidad existente entre Moscú y Washington y la resistencia de cada una de las partes ante cada acción y decisión de su contrario. Pese a que el contexto de la Guerra Fría estuviera marcado por un fuerte componente ideológico, en el actual, tanto Estados Unidos como la Unión Soviética responden y contrabalancean las acciones del otro. En el contexto de la Guerra Fría, Estados Unidos procuraba anular el efecto dominó con las diversas políticas de contención, mientras la Unión Soviética aprovechaba el *Kominform*. Ahora, en el conflicto sirio, Washington desea derrocar a Bashar Al-Assad y opta por proveer de armas a la oposición siria, imponerle sanciones económicas al gobierno sirio y su gran anhelo es intervenir militarmente. Sin embargo, Rusia en apoyo a Al-Assad, ha vetado todas las resoluciones propuestas por Occidente. Rusia protege a toda costa su zona de influencia.

Por otra parte, en la dinámica de la Guerra Fría, los dos actores geopolíticos más importantes establecieron zonas de influencia convenientes en ciertos países (Alemania, Vietnam, Corea, Afganistán). La práctica y la experiencia de la guerra han dejado bastante claro que, así como existen hegemonías y sus intentos, también hay contrahegemonías que resultan de manera natural (he ahí el equilibrio de poder). El Medio Oriente no es una cuestión dispar: Estados Unidos encontró su zona de influencia en el eje Sunnita, mientras Rusia contrabalanceó esta influencia con su apoyo al eje Chiita. No obstante, la pieza siria es la clave para erigir una verdadera hegemonía en el área y la imposibilidad de obtenerla ha llevado a los actores a proceder de manera unilateral y sin consultarlo dentro de los organismos mediáticos, como el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. El hecho de no poder llegar a un acuerdo o de no poder imponer las fuerzas sobre dicho territorio ha conducido al mundo entero, pero sobre todo a Rusia, a especular sobre una posible partición o descentralización del territorio sirio por parte de Estados Unidos y sus aliados; similar a la partición de Alemania, Vietnam y Corea.

Otro punto importante a señalar hace alusión a los Estados cuyos vacíos de poder les han permitido a las grandes potencias adoptarlos e incorporarlos en sus zonas de influencia. El caso de Vietnam, Indochina francesa en su época, es un buen ejemplo. La política expansionista de Japón en 1940 lo llevó a tomarse Indochina y a ocuparla por completo al siguiente año, expulsando a los franceses. Así, el *Viet Minh* fue la oposición guerrillera que, con la ayuda de China, luchó arduamente por su independencia. Sin embargo, la rendición japonesa en 1945 instauró un vacío de poder en Indochina y exacerbó los diferentes intereses de las potencias extranjeras. Así pues, la llegada de Francia, Inglaterra, Estados Unidos y la Unión Soviética no tardó y desató la Guerra de Vietnam dentro del contexto

de la Guerra Fría; Estados Unidos y la Unión Soviética vieron la oportunidad de adoptar a Vietnam dentro de su zona de influencia. El caso de Siria no es distinto. La represión violenta a las manifestaciones por parte del gobierno de Al-Assad y la inconformidad popular frente a las condiciones sociales, ha creado cierta noción de ilegitimidad. Además, la presencia del Estado Islámico y el gran desgaste del gobierno sirio han dado cabida a que nuevas potencias aprovechen los vacíos de poder, para tomar a Siria como parte de su zona de influencia.

El viceministro de defensa de Rusia Alexandr Fomin, denunció el domingo 11 de marzo de 2018 que el verdadero interés de la política exterior estadounidense es balcanizar al país. Según él, Estados Unidos alienta a las minorías nacionales con ánimos separatistas para promover la partición del territorio sirio. Por otro lado, el canciller ruso Serguéi Lavrov también sostiene la idea de que Washington ha implantado una “línea destructiva” que pretende conseguir una división en ese país del Medio Oriente y ha engañado con el supuesto objetivo de combatir a los grupos terroristas. Tales especulaciones por parte de Rusia y sus aliados enmarcan la situación en un ambiente similar al de la Guerra Fría.

Dmitri Medvedev, expresidente de la Federación de Rusia rusa, expresó: “hablando sin rodeos nos estamos involucrando rápidamente en un periodo de una Nueva Guerra Fría (...) a veces me confundo ¿estamos en 2016 o 1962? A pesar de las aparentes mejoras en las relaciones ruso-americanas durante un tiempo, la expansión de la OTAN y la anexión de Crimea y Sebastopol a Rusia han dejado en claro la posibilidad de un enfrentamiento entre la OTAN y Rusia. La Organización Transatlántico Norte, liderada por Estados Unidos, no concibe la expansión de Rusia y cree estar en la obligación de defender toda república exsoviética que sea atacada, sin tener en cuenta que la anexión de Crimea a Rusia fue producto de un referéndum cuya aprobación superó el 96 %. Así pues, las relaciones entre Occidente y Rusia parecen enfriarse y tornarse mucho más peligrosas en Europa del Este y Medio Oriente. ¿Hay una Nueva Guerra Fría en gestación?

Ante la pregunta de si la internacionalización de la guerra civil siria ha conllevado a la emergencia de una nueva Guerra Fría se puede retomar la hipótesis de este artículo que expresa que, si bien Estados Unidos y Rusia han convergido en materia de política antiterrorista, específicamente contra el Estado Islámico, el choque de sus intereses restantes los ha conducido a juegos de suma cero. Esto quiere decir que la confrontación de ambas potencias en Siria parece retornar al mundo a los cimientos de la bipolaridad de la Guerra Fría, sin su factor ideológico. El escenario planteado durante este artículo no permite ser optimista frente a una resolución temprana del conflicto en Siria, debido

a que el consenso se ha visto comprometido a causa del unilateralismo predominante bajo la idea de reconstrucción de hegemonías, donde cada uno tiene el ideal de imponer su voluntad sobre el otro. Esta situación se torna más compleja si se tiene en cuenta que Rusia, en su resurgir como potencia, le ha costado mucho ser determinante en los organismos internacionales y que Estados Unidos, tras su declive como hegemón, se halla bajo el lema *Make America great again*.

Referencias

- Avelino, M. (2014). *Las rivalidades confesionales en la guerra civil siria y el accionar de Arabia Saudita e Irán. Un análisis desde sus fuerzas profundas*. Ciudad de Rosario: Universidad Nacional del Rosario.
- Calvo, J. L. (2016). Los actores externos en la guerra civil siria. Choque de intereses y estrategias. *Revista de estudios en Seguridad Internacional*, 2(2), 1-20.
- Carrión, M. G., & Guerrero, M. B. (2017). *¿La nueva guerra fría? Casos Siria y Ucrania*. Cuenca: Escuela de Estudios Internacionales.
- Comisión Independiente sobre Turquía. (2009). *Turquía en Europa. Rompiendo el círculo vicioso*. Recuperado de https://www.independentcommissiononturkey.org/pdfs/2009_spanish.pdf
- Ghotme, R. (enero-abril, 2014). El rol de las potencias en la guerra civil siria: hegemonía y contrahegemonía en la política mundial. *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*, (118), 99-129.
- Ghotme, R., & Ripoll, A. (2014). Las relaciones internacionales en la guerra civil siria: Estados Unidos y Rusia en la lucha por el poder internacional. *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*, 9(2), 49-76.
- Huntington, S. (1996). *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. New York, NY: Simon & Schuster.
- Lewis, B. (2003). *La crisis del islam: guerra santa y terrorismo*. Barcelona: Random House.
- Lobo, J. F. (13 de abril de 2017). Estados Unidos contra Siria. ¿Guerra Justa o sólo guerra?. *Open Democracy*. Recuperado de <https://www.opendemocracy.net/democraciaabierta/juan-francisco-lobo/estados-unidos-contrasiria-guerra-justa-o-s-lo-guerra>
- López-Jacoiste, E. (enero, 2015). La guerra en Siria y las paradojas de la comunidad internacional. *Revista UNISCI*, (37), 73-97.

- Pérez, M. J. (2016). La política exterior de Rusia en Oriente Medio ¿Continuidad o Cambio? *UNISCI*, (41), 139-162.
- Ramírez, O., & Lukashevich, O. (2016). *Los intereses y las posiciones de los principales actores internacionales en el conflicto de Siria*. La Plata: Instituto de Relaciones Internacionales.
- Ruiz, C. (2011). Rebelión en Siria: ¿En la encrucijada o hacia el precipicio? *Anuario español de Derecho Internacional*, 27, 243-268.
- Sánchez, E. (2017). Sobre las raíces del problema sirio: La influencia de los actores geopolíticos globales y regionales con intereses en la zona. *Documento de análisis*. Recuperado de http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2017/DIEEEA45-2017_Problema_Sirio_Raices_3x_Parte_ESRD.pdf
- Sánchez, P. (2010). La Federación Rusa y su entorno geopolítico en los nuevos arreglos mundiales de poder. *Política y Cultura*, (34), 159-185.
- Tovar, J. (2014). ¿Una estrategia coherente para una región en cambio? La política exterior de la administración de Obama y la Primavera Árabe. *UNISCI*, (36), 29-50.
- Zurita, M. D. (14 de junio de 2018). *La guerra fría en el marco de las relaciones internacionales* Recuperado de http://secyt.presi.unlp.edu.ar/cyt_htm/ebec07/pdf/zurita.pdf